

EDITORIAL

DOLOR 2001; 16: 163-164

Los nombres del dolor

Durante los años 1999 y 2000 dirigida por el Dr. Baños, asiduo colaborador de esta revista y anterior redactor jefe, se publicó en la misma una sección fija sobre: "El dolor del lenguaje", algunos de las cuales se refirieron a los nombres propios del dolor. Por ello, llamó mi atención que en el pasado número del 17 de noviembre de *Babelia* (una revista sobre literatura que se edita semanalmente con el número del viernes del diario *El País*), se dedicara una amplia sesión de la misma con el título de: "El dolor y sus nombres", en la cual entraban en cierta contradicción con la editorial de esta revista del pasado número 2/2001 sobre el dolor como síntoma o el dolor como enfermedad, ya que los autores, Javier Moscoso y Enrique Ocaña, expresan que el sufrimiento físico es, más que un mero síntoma, una enfermedad en sí misma, con implicaciones científicas y filosóficas, y añaden una entrevista con Rafael Argullol, Premio Nadal 1993, por haber publicado un reciente libro: *Davalú o el dolor*, de editorial RBA, en el cual, sin embargo, se contradice también con esta opinión.

Huelga decir que no citan para nada, y es probable que ni siquiera tengan conocimiento de su existencia, a nuestra revista, pese a que somos la publicación decana del Dolor en España.

La preocupación por el dolor debería interesar al total de las personas, puesto que a lo largo de la vida prácticamente todo el mundo ha sufrido o sufrirá algún episodio de dolor, y en no pocos éste adquiere el carácter de crónico.

Dentro del entorno de la sanidad, existe una curiosa frase, referida al interés potencial o real que sobre el dolor se debería tener, que dice: "el único dolor soportable es el dolor de los demás".

Curiosamente, las imágenes del dolor han sido una constante en el mundo de la expresión artística a través de la pintura o de la escultura, incluso más recientemente en la fotografía, algunos premios Pulitzer se han otorgado a imágenes de episodios que reflejan el dolor de la humanidad (a veces en relación con episodios de guerra), lo cual le confiere además una rabiosa actualidad; sin embargo el tema del dolor como tal ha sido relativamente poco tratado en la literatura.

Por ello, y centrándonos ahora de forma específica en el libro de Argullol, su lectura se presenta de enorme interés para entender desde dentro, y explicado por una persona con la facilidad para relatarnos los hechos como es un escritor, las vivencias del dolor, y al final podríamos concluir que el libro es, en realidad, la presentación de un caso clínico, con todo lujo de detalles desde el punto de vista clínico y terapéutico, y con la ventaja de ser presentado de forma novelada. Algunas reflexiones del mismo, bien que pudieran ser discutibles, son de extraordinaria riqueza, como cuando expresa: "Paradójicamente somos mucho más cuerpo a través del dolor. Sin él casi podríamos calificarnos de puro espíritu..."

"Es importante combatir el dolor con más dolor..."

"El dolor ha destruido y está destruyendo los vínculos particulares, cotidianos, concretos, los vínculos íntimos de afecto. Estoy totalmente dominado por la indiferencia..."

Muy en sintonía con nuestra reflexión inicial, es cuando el autor mismo establece la diferencia entre dolor y enfermedad refiriendo: "De nuevo me encuentro con que la reflexión intelectual, la reflexión filosófica, no tiene ninguna consistencia en el caso

en que me encuentro. No es la cuestión de la muerte, no es la cuestión de la enfermedad. La enfermedad podría ser afrontada a través de nociones, de conceptos, de consideraciones de tipo intelectual. También la muerte. En los dos casos se permite la perspectiva, hay cierta posibilidad de distanciamiento. Lo que a mí me ha aportado el dolor no es la muerte ni la enfermedad, sino la experiencia directa, desnuda, sin precedentes para mí, del dolor físico. Un dolor físico que comporta también un dolor moral, pero que fundamentalmente es físico y, en cuanto tal, exige siempre estar alerta, estar vivo, la imposibilidad de distanciamiento”.

Finalmente coincide con la actual corriente de atención al dolor, lejos de la resignación al comparar los sufrimientos de Job y de Filoctetes (una tragedia de Sófocles), el cual fue abandonado en una isla por la tripulación de la nave de que formaba parte, al no poder éstos soportar sus gritos y espasmos dolorosos. Refiere Argullol: “Cuando leí esta tragedia me pareció una actitud innoble. Pero ahora entiendo por qué se produce. Una persona poseída por el dolor extremo es asocial. No puede participar en una empresa colectiva. Lo perturba toda posibili-

dad de acción comunitaria. Una persona poseída por el dolor rompe los vínculos con el exterior, rompe los vínculos con la comunidad. Incluso rompe todos los vínculos con Dios si es que cree en Dios”.

Ahora encuentro mucho más real, mucho más comprensiva, la actitud de Filoctetes que la de Job. El dolor vivo no puede admitir resignación; no se puede admitir como una prueba de Dios. Es totalmente imposible responder con la resignación, con la devoción e incluso con la pasividad.

En definitiva, después de años de venir luchando porque el tema dolor tomara la dimensión social que se merece, parece que definitivamente empieza a ser un motivo de atención incluyendo el mundo de la literatura con el cual se había encontrado algo remiso.

A. Rodríguez de la Serna

Departamento de Medicina

Facultad de Medicina

Universitat Autònoma de Barcelona

Servicio de Medicina Interna

Hospital de la Santa Creu i Sant Pau

Barcelona